

METAFÍSICA DEL DINERO

Nikola Kajtez





Introducción



Intercambio simbólico

Desde tiempos inmemoriales, el hombre ha estado ensartado entre un sentido de multitud, que envuelve su vida real y terrenal, y una necesidad de idealizaciones, de proyecciones, que se manifiestan en la aspiración a la unidad, a la igualación de lo desigual, a la reducción de un complejo y elusivo realidad a un marco homogéneo. A través de utopías, siempre soñadas y ocasionalmente realizadas, anhelaba un mundo sin decadencia, enfermedad, ignorancia, animosidad, conflicto, incluso sin confines espaciales y temporales. Por otra parte, a pesar de la inercia, las limitaciones y la domesticación y control de la energía creativa, siempre más o menos insatisfecho con lo realizado, ha destruido construcciones anquilosadas, establecido diferencias entre cosas aparentemente idénticas, y problematizado y reexaminado todo lo que es firme y constante. A través del trabajo ha dado forma a su propio mundo: la simulación eficiente, pero a menudo externa, alienada y objetivada de sus aspiraciones originales. La naturaleza humanizada premió el esfuerzo, pero también traicionó las expectativas. Estos resultados opuestos de la vida social organizada son parte de un sistema unificado de vasos conectados, el lado bueno y el lado malo de una cohesión material y espiritual.

Los valores simbólico-teóricos creados, como particular innovación cósmica —esbozados en

religiones, ideologías, patrones culturales, costumbres, paradigmas, discursos, formaciones socioeconómicas y cosmovisiones— siempre han sido proclives al envejecimiento, legitimados y cuestionados a través de una larga y ardua trayectoria histórica, práctica que, como constituyente de la realidad y al mismo tiempo realidad constitucional, articula y manifiesta la totalidad de la vida. Los argumentos se generan sucesivamente, y la comprensión de los actos, las motivaciones y los logros culturales y civilizatorios se hizo posible a través de la comprensión de la forma de producción de significado, aunque como descripciones que son solo aproximaciones más o menos exitosas. Todo valor es un sentimiento, pero también, sin embargo, contenido psicológicamente realizado por el sentimiento, aunque no idéntico y no agotado por él; por lo tanto, los valores superan ambos significados: están conectados a sentimientos y cosas, pero también son identidades autónomas. La creatividad no canceló el pasado, sino que lo iluminó, para que la realidad se integrara a través de nuevas síntesis en totalidades previamente desconocidas. Ninguna acción humana es absolutamente autónoma y auténtica; más bien, es el resultado de una red compleja de relaciones que simultáneamente construimos y explicamos, comprendemos y luego etiquetamos, nombramos e institucionalizamos. Esta dialéctica de poder disfuncionalmente crítico y funcionalmente integrado que se ha desarrollado, alimentado y estimulado a lo largo de los siglos ha creado, por falta de unidad absoluta, un mundo en busca de una cohesión interna como condición necesaria de la comunicación global, al mismo tiempo tiempo que requiere el intercambio de las más variadas

Introducción

cualidades. Y no hay intercambio sin privación, sin déficit, sin deseo. El ser está determinado por el no ser, es decir, por lo que es, por oposición a nuestro deseo de alcanzarlo: en su propia presentación de su valor nos recuerda una inexistencia particular que hay que superar. La conciencia permanente de tal tarea es el principal motor del desarrollo emocional e intelectual humano.

Es cierto que el déficit ha producido un sentimiento de dependencia, miedo y privación, lo que ha llevado a una mentalidad vasalla. Los celos pedantes de Zeus no son sino expresión de los motivos económicos, de las necesidades personales y del afán de posesión del hombre, pues los dioses nada saben de “déficit”; sin embargo, se convirtieron en los primeros institutos financieros, el sustrato ideal de las impresiones humanas. Desde los tiempos de los héroes mitológicos, el ser ideal completo ha adquirido la forma de lo universal-general. El individuo-singular es generado y subordinado, o ilusorio, y en ambos casos secundario. Sin embargo, ha sido, es y será difícil trazar una línea clara y divisoria entre lo ideal y lo ideológico por un lado y lo real y lo material por el otro.

Por mucho que la economía descansa sobre bases matemáticas exactas, el sistema económico no sólo de las comunidades primitivas, sino también de los organismos sociales complejos y desarrollados, no es, ni puede ser, una pura expresión racional de nuestros motivos económicos. Los segmentos irracionales del sistema son el resultado de una incapacidad a priori para reducir la totalidad del ser humano a un todo compacto, discursivo, sistemático e inequívoco, pero también de la desarmonía proyectada, el caos controlado, el voluntarismo instrumentalizado y un ideología del conocimiento. ¹ Por lo tanto, el estudio de las

leyes económicas requiere un enfoque interdisciplinario, así como el estudio de la cultura permanece infundado sin definir supuestos económicos serios. Debido a la importancia crucial de los parámetros e indicadores para la más amplia área de praxis así formada, dicho estudio no solo es necesario sino inevitable. Así, cuando explicamos y comprendemos los fenómenos culturales a través de un discurso socioeconómico, de hecho los iluminamos utilizando esos mismos fenómenos.

El desarrollo de la cultura implica la multiplicación de fines y fines, así como de los medios necesarios para su consecución. Tal desarrollo ha alcanzado una aspiración hacia la meta última del universo, hacia la respuesta final al enigma, hacia el punto en que la multiplicidad cruza la línea de lo terrenal, creando la unidad universal. Buscando lo intransigente en lo transitorio, el hombre ha tratado de encontrar las normas y formas de lo absoluto, inmutable y eterno en lo variable, fluctuante, imperfecto e incierto. La naturaleza espiritual construida a través de las edades ha permitido la creación de muchas imágenes generales, fuerzas cohesivas y símbolos que intentan conquistar a la multitud; lo directamente evidente generalmente se superaba en una unidad superior.

Definido por la inercia natural y social y los impulsos egoístas, el hombre durante este proceso divino — llamémoslo así— a menudo ha tomado el camino de menor resistencia y se ha comportado de manera oportunista, introduciendo siempre que ha sido posible sustitutos del equivalente de intercambio aceptado para satisfacer sus propias necesidades e intereses. Cuando sus promotores son miembros influyentes de la comunidad, el sistema de valores sociales establecido

Introducción

(representado, en el sentido más amplio de la palabra, por instituciones estatales y religiosas, criterios morales y estéticos, categorías metafísicas, etc.) intenta legitimar esos sustitutos. y hacerlos socialmente aceptables. Cuando no es así, el sistema los localiza y los descarta del juego. Gradualmente, las circunstancias cambian hasta tal punto que requieren una reevaluación radical de los valores y el establecimiento de una nueva “moneda fuerte”.² En este juego interminable de esconder, cazar, reconocer, eliminar, rectificar, establecer, construir y deconstruir, en esta empresa histórica llena de derramar, entrelazar, permear, comprender y descomprender diversas combinaciones dentro de los códigos reinantes, los formados las prácticas discursivas se transforman en significados parcialmente dispersos, huellas simbólicas generalizadas e indiferenciadas. Se establecen y conciben fronteras entre estructuras, y cada una de ellas, como es, en parte ya no es. En todo lo dado hay ciertas características estructurales que inhabilitan gradualmente el funcionamiento posterior de las cosas sobre bases reconocibles y dentro de las fronteras existentes. Son imposibles de superar sin cuestionar el carácter dado en cuestión. Nombrar, enmarcar, significa a la vez anular y revivir. Pero, cada novedad es el resultado de la necesidad de empujar los límites. De hecho, cuando se establece lo nuevo, las fronteras recién establecidas se guardan celosamente.

Los símbolos son medios para la comunicación, y también medios para abrir nuevas posibilidades de comprensión e incomprensión. Se originan en el universo natural y social, pero también vuelven a él, produciendo un cierto efecto. En un ritmo apenas concebible, lo

material y lo ideal, lo real y lo imaginario, lo armonioso y lo desarmonioso se alteran, creando la magia del mundo humano llamado vida en comunidad.

El fenómeno del intercambio es tan complejo como rico e intenso es el mundo socio-psicológico y material-espiritual del hombre; incluso se podría decir: tanto como la vida misma. El intercambio puede ser económico, religioso, psicológico, estético, informativo, semántico, sintáctico, metafísico, sexual, emocional... De ahí que los símbolos de intercambio abarquen el espectro más amplio posible de relaciones existenciales y ontológicas, tanto externas como internas, así como superficiales y elementos fundamentales. Hace mucho tiempo, la expresión ritual de la poderosa intensidad y cohesión social en las estructuras tribales, el tejido conectivo de una comunidad y los medios de comunicación estaban formados por el ritmo, la armonía y la desarmonía del movimiento, la voz, el cuerpo. En estas imitaciones, los arquetipos siguen siendo directos, indiferenciados y sin cristalizar, y los significados no tienen huellas causales claras. La excitación, la sexualidad, los valores, el sentido de lo sobrenatural, una relación fetichista con la naturaleza y una fusión con ella en las fiestas rituales no permitían crear una distinción clara entre el habla y el canto, la propia individualidad y la tribu, la estética de sensualidad y fornicación, naturaleza y dioses, vida y muerte.

El significado y la finalidad de los símbolos de intercambio se superan a sí mismos. Por mucho peso sustancial que posean, como la autonomía y la originalidad, su parcialidad adquiere un sentido más amplio en una diversidad significativa como indicador y heraldo de ciertos todos más universales, interpretaciones más

Introducción

profundas y algo más importantes del significado global. Después de todo, haga lo que haga, el hombre ha estado creando, transformando, cancelando, memorizando e intercambiando los mundos de valores materiales y espirituales explícitos e implícitos durante milenios.

Para hacer posible el intercambio, se hizo evidente que eran necesarios varios modos de reestructurar partes de la imagen humana del mundo. Era necesaria una comprensión de la realidad dada que produce el hombre para su armonización y alineación con otras formas y herramientas simbólicas. Milenios de autoiluminación harán del intercambio una tensión permanente entre los niveles de eficacia en la creación de nuevos valores y la equidad en la distribución de lo creado. Si bien los valores ofrecen un sentimiento de belleza y sublimidad, también tienen una función extremadamente pragmática: todo el mundo de los valores fue creado para establecer las reglas del intercambio. Elogios y prohibiciones, estímulos y encierros, amores y odios, creaciones y destrucciones están motivadas por la creación de nuevos valores y la defensa de los existentes, lo que en última instancia significa una batalla por una relación armoniosa entre el dar y el recibir.

Pero no hay intercambio sin la capacidad de un valor de convertirse en otro. Esta habilidad se origina igualmente en el sentimiento del hombre por lo práctico y su sentido por lo abstracto. Muchos motivos le han llevado, según la lógica situacional dada, a intercambiar valores de distinto nivel e intensidad de autenticidad y mediación. De la confusión de la relación entre contenido y forma así concebida se han originado fuentes de numerosos malentendidos y conflictos. Dado que todo medio de

cambio representa naturalmente una generalización, los símbolos son, a pesar de su poder, vulnerables: ya sea por una naturaleza insuficientemente clara, seductora, parcialmente ilusionista o por una exposición eterna a los abusos. Con los símbolos, el hombre transforma el mundo pasivo de las impresiones en un mundo como expresión de su espíritu. Los símbolos contienen una cierta universalidad, pero el hecho de que no sean creados en una acción aislada, sino social, les da un significado histórico y práctico también. Al distanciarse de las impresiones directas, de lo sensual y de lo intuitivo, el espíritu humano ha multiplicado las creaciones simbólicas que, en cierto modo, han “escapado” del ser; han dejado de ser su puro reflejo, copias de la realidad existente, para convertirse en la realidad misma. Los símbolos son forzosamente esclarecedores, ideológicos, opresores, adoctrinadores, manipuladores, autoritarios; son peligrosos y seductores, pero, al mismo tiempo, al salvar la brecha entre la autocomprensión y la comunicación, también contienen el potencial liberador y creativo de penetrar en nuevas posibilidades. En la comunicación, el hombre se subordina a las reglas, pero también las viola, creando otras nuevas, mostrando así la intensidad de su otra cara, la que se basa en la creatividad, la libertad y la autenticidad.

Nuestro pensamiento es, por tanto, simbólico. Toda la construcción material-espiritual del hombre es también simbólica. La necesidad de un intercambio simbólico está, al parecer, profundamente arraigada arquetípicamente en la naturaleza de la comunicación humana. Del egoísmo humano proviene el elemento destructivo, pero también constructivo, de la comunicación. Incluso las acciones humanas más grandiosas, dirigidas hacia la sabiduría, el

Introducción

bien, la verdad, la belleza y el amor, por muy altruistas que sean, son en cierta medida el resultado de motivaciones humanas egoístas, aunque no necesariamente inaceptables: vencer el miedo, encontrar refugio, lograr paz espiritual, para crear un mundo de valores eternos que traería calma y felicidad para nosotros y nuestros seres queridos. En última instancia, incluso el miedo a la muerte es miedo al cese de toda comunicación, miedo al final del intercambio.³ La vida eterna en el aislamiento y la soledad absolutos es la muerte absoluta, porque una conciencia permanente y transparente de la falta de intercambio dejaría al hombre estático en el nivel de la nada. Los obituarios son un intento de continuar simbólicamente la comunicación con los difuntos, así como de fortalecer la cohesión entre los que quedan vivos. Los funerales, los monumentos, etc., se organizan y hacen por el bien de los vivos, no de los muertos.⁴ La generosidad es, por tanto, una forma de inversión, ya que todo intercambio es una forma de sacrificio.⁵

La civilización es un proceso de objetivación del espíritu. Al difundirse y establecerse en una comunidad humana, se convierte en un valor cultural. Todos los bienes de la civilización son, de hecho, el resultado de un trabajo concentrado. Desde una perspectiva histórico-filosófica, son el final de todos los logros humanos físicos y espirituales, la última consecuencia, propósito y meta del intelecto y la voluntad del hombre, lo que Sartre llama lo práctico-inerte: una colección de resultados objetivados y encarnados de la práctica histórica. encerrados en objetos, logros fantásticos de la lucha del hombre con la naturaleza y la vida.

	Introducción	
13	Intercambio simbólico	
22	El concepto de dinero	
	Genealogía	
35	Puntos de referencia generales	
41	Intercambio temprano	
52	Oro y dinero	
64	Dinero moderno	
	Qué es el dinero	
79	El marco filosófico	
93	La naturaleza del dinero	
108	Las funciones del dinero	
112	Dinero y valores	
	Dinero, capital, cuestión social	
129	Dinero y capital	
135	Dinero y plusvalía	
141	El dinero y la cuestión social	
	Dinero, individuo, realidad virtual	
157	Dinero e individuo	
166	Dinero y realidad virtual	
175	Dinero y cultura	
197	En vez de una conclusión	
	NOTAS	221